

**Parra, A. y Fajardo, C. (2016). El lenguaje contra el consenso. El habla más allá del liberalismo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.**

Mostrar que una crítica al liberalismo no debe pasar por denunciar la falsedad del consenso, sino por cuestionar el sentido de la oposición consenso vs. violencia, es decir, poner en duda el entramado conceptual que permite pensar que la vida en comunidad humana discurre en un juego de suma cero entre consenso y violencia.

Plantea una lectura de Gadamer sobre la política como conversación, de Ranciere sobre una política de animales hablantes, y de diálogo en relación con el consenso desbordado.

La política existe no porque los hombres superen sus relaciones violentas por medio del lenguaje, sino porque en el lenguaje se halla una potencia desestabilizadora, que desborda cualquier consenso y acuerdo.

El lenguaje en la perspectiva gadameriana es la condición que permite tener un mundo de sentido y significación. El sentido que se pone de manifiesto en el habla transcurre bajo la lógica de la conversación, es decir, de un acontecer de sentido en el que se despliega un entramado de relaciones significativa que le dan consistencia a la realidad. Darle sentido al mundo se mueve en dos lógicas de comprensión: De un lado, la tradición se mueve en marcos de interpretación de realización de la vida practica y, de otro lado, la alteridad abre un tipo de comprensión donde la interpretación es un proceso inacabado.

Igualmente, es un encuentro entre mundos heterogéneos, dos formas de concebir la comprensión que crea un habla disensual que escapa de los intercambios intersubjetivos, lo que pone en marcha un encuentro entre tradición y alteridad. Entonces, el dialogo no es una apuesta por la mutua comprensión entre sujetos, sino los actos del habla que subyacen en el planteamiento gadameriano, no suponen un movimiento entre comprender y comprender, sino que acaso interrumpen la relación práctica y cotidiana que tenemos con el lenguaje porque se produce un choque entre dos formas de concebir la comprensión.

En el enfoque rancieriano la lógica de este proceso no cambia. Para Ranciere la política, que subyace de aquel encuentro entre dos formas de comprensión heterogéneas, no se puede zanjar en un acuerdo mutuo entre las partes, puesto que los argumentos que hacen posible que dos formas de comprensión se junten, suponen una situación de habla paradójica: hay desacuerdo y por tanto una política cuando dos formas de concebir lo que se dice entran en colisión, cuando un enfoque que tiene como presupuesto la desigualdad en el orden del habla y el mundo de la lengua de los iguales establecen un escenario de interlocución.

Los actos de los sujetos no buscan un acuerdo ni ser incluidos en el reino de los animales que poseen lengua, sino más bien actúan como si usaran una lengua del uso común de cualquiera para poner en evidencia la contingencia misma sobre la cual descansan los órdenes y las jerarquías del discurso. Las consecuencias del choque de mundos, supone una redistribución entre los modos de percepción o entre el reparto de lo sensible que fija si un sonido es o no participe del habla nacional. Por eso la política no es una interrupción en el orden de la comprensión, sino una transformación entre lo que es posible y lo que no, y así mismo entre lo que es razonable y lo que no.